

XXIII

María cambió ayer de habitación. Ha venido a vivir al mismo rellano que yo, a una habitación separada de la mía sólo por un simple tabique.

La pobre niña se muere; tose con tos hueca y sorda, con una especie de estertor en cada hipo. Santiago, a quien esta tos turbaba en su quietud de hombre fuerte, ha sido de parecer que la enferma estaría más a gusto sola y en una habitación separada. Le ha dado a Paquerette para que la vele y la cuide.

En la noche última, he oído durante muchas horas la tos y el estertor de María. Lorenza dormía con todo sosiego. Cada ataque que atravesaba el tabique me producía una tristeza indecible.

Esta mañana, cuando me levanté, fuí a ver a la moribunda. Guardaba cama y se hallaba pálida, resignada, sonriente aún. La cabeza, levantada sobre dos almohadas, presentaba una especie de dulce languidez; sus dos brazos, descarnados y transparentes, se extendían sobre las sábanas junto a su miserable cuerpo, que se dibujaba bajo la ropa en líneas enjutas y deplorables.

La habitación me ha parecido húmeda y fría.

Es semejante a la mía, pero se halla mejor amueblada, menos sucia. Una ancha ventana da a la gran pared negra que se alza a algunos metros de la fachada de la casa.

María se hallaba sola, inmóvil, con los ojos muy abiertos, mirando al techo con ese aspecto pensativo y doloroso de los enfermos que ven ya más allá de la vida. Paquerette acababa de bajar en busca de su almuerzo.

En una mesita y junto a un sillón, se veía un ejército de botellas, un solo vaso y restos de comida. Ocurrióseme la idea de que Paquerette cuidaba más de sí que de la moribunda.

Besé la frente de María y me senté al borde de la cama, teniendo cogida una de sus manos. Volvió lentamente la cabeza y me dirigió una sonrisa, como para decirme que no padecía y que estaba descansando. Su voz un tanto ronca, no es ya sino un murmurio débil y cariñoso. Inclinada la frente, me miraba con sus ojos calenturientos y agrandados. En sus interminables miradas leíase extrañeza y ternura. Una compasión inmensa me oprimió el corazón, en presencia de aquella desventurada criatura. Creía que iba a echarme a llorar.

Subió Paquerette cargada con nuevas botellas y con nuevas provisiones. Abrió la ventana, quejándose del aire viciado, y se sentó cómodamente en el sillón, delante de la mesa; después se puso a comer bulliciosamente, hablando al par que mascaba, y haciendo preguntas a María acerca de sus amantes y de su vida de otros tiempos. No parecía sino que ignoraba que la niña se hallaba enferma; la trataba de perezosa y amiga de quedarse en cama y de que le tengan lástima. Yo miraba con repugnancia a aquella mujer, encogida, chupándose los grasientos dedos, charlando con la boca llena, bromeando con la moribunda y lanzándome miradas socarronas y cínicas, esas miradas

de cortesana enloquecida que ciertas viejas conservan aún en sus enrojecidos ojos.

Paquerette, así que cesó de comer, dió media vuelta al sillón; después, cruzando las manos sobre las faldas, púsose a mirarnos a María y a mí, yendo de uno a otro, y riendo con maligna sonrisa.

—¡Ah! hermosa mía—dijo a la enferma señalándome con el dedo,—¿no es un guapo muchacho? Su corazón está viudo y necesita nuevos amores.

María sonrió tristemente, entornando los ojos y retirando la mano que había yo conservado en la mía.

—Está usted en un error—contesté a Paquerette tras un instante de silencio;—mi corazón no está viudo; amo a Lorenza.

María alzó los párpados y me devolvió sus dedos, que encontré más agitados, más ardientes.

—Lorenza, Lorenza—decía la vieja en tono de fisga;—¡no se ríe poco de usted! Así son los hombres; aman a quien les vende y les abandona. Busque usted mujer, mi buen señor mío.

Yo no oía con claridad, pues, por regla general, no presto la menor atención a las charlas de aquella vieja. Mas no sé por qué experimenté un vago malestar. Un calor para mí desconocido recorrió mi ser con estremecimiento doloroso.

—Oíd, hijos míos—añadió Paquerette poniéndose cómoda;—yo soy buena y me disgusta que se burlen de vosotros. Ambos sois hermosos, dulces como corderos, buenos como el pan. Se me ha puesto en la cabeza casaros, en la persuasión de que jamás habré conseguido que se enlacen dos mejores criaturas. Vamos, caballero, tome usted a la señora en brazos. No pasa día sin que me tropiece a Lorenza y Santiago haciéndose caricias en la escalera.

Yo miraba a María; que se hallaba sosegada sin que su pulso latiera más acelerado. Parecía soñar, fijos en mí los ojos, y yo no sabía si me miraba en sueños. Los besos que Santiago podía dar a Lorenza no la turbaban, en la tranquila amistad que sentía por él.

En cuanto a mí, notaba un salor insoportable que me subía al pecho y que me ahogaba. Ignoraba qué significaba aquel entorpecimiento repentino, que me producía un dolor sordo, intenso, que me llegaba hasta el alma. No pensaba ni en Lorenza ni en Santiago; escuchaba a Paquerette, y el ahogo aumentaba, me apretaba la garganta.

Paquerette se restregaba brutalmente las secas manos; sus ojos grises, escondidos bajo los colgantes párpados, brillaban de un modo extraño en su semblante amarillento.

Luego repuso con voz más cascada aún:

—Están ustedes ahí mirándose como dos inocentes. ¿No ha comprendido usted, Claudio? Santiago le toma a usted a Lorenza; tome usted a María. ¡Oh! mire usted. La niña sonríe; no desea otra cosa. Así nadie quedará viudo, y los unos no tendrán nada que echar en cara a los otros. Miren cómo se compone todo en esta vida.

María alzó la mano con impaciencia, haciéndole señal de que callara. Aquella cascada voz producía un escalofrío a su enflaquecido cuerpo. Luego, en su rostro se pintó una paz melancólica, una actitud de recogido éxtasis; me miró meditabunda, y con voz penetrante, con voz que yo no le había oído hasta entonces, me dijo:

—¿Quiere usted, Claudio? Yo le amaré a usted mucho.

Y se había incorporado.

Un acceso de tos hizo caer sobre la cama aquel cuerpo agitado horriblemente, jadeante de dolor. Con los brazos abiertos y retorcidos, con la cabeza

echada hacia atrás, faltábale la respiración. Su seno, medio descubierto, aquel pobre seno que el padecer había convertido en tan infantil, en tan casto, se alzaba espantosamente como a impulso de furioso huracán. Luego la terrible tos se apaciguó, y la joven se extendió, pálida, amoratadas las mejillas, como herida de postración y de insensibilidad.

Había yo permanecido sentado al borde de la cama, agitado también por los agudos dolores de la moribunda. No me había atrevido a moverme, clavado allí por la compasión y por el miedo. Lo que tenía ante mí era tan espantoso de horror y de ternura, tan lamentable y tan repugnante a la vez, que no sé cómo explicar el santo temor que me retenía allí, traspasado de dolor, lleno de repugnancia y de misericordia.

Tentado estuve de apalea a Paquerette y de arrojarla de allí; habría querido abrazar a María como hermano, dar mi sangre para devolver la vida y la frescura a su cuerpo moribundo.

¡Había yo llegado a tal punto! Una mujer, cargada de vejez y de crápula, me ofrecía cambiar mi corazón con otro corazón, ceder mi querida a mi amigo y comprarle así la suya; hacíame ver la ventaja de aquel trato y se reía de lo chusco del caso. Y la amante que pretendía ofrecermé, pertenecía ya a la muerte...

María se moría y me tendía los brazos. ¡Pobre inocente! Su extraña pureza le ocultaba todo el horror del beso con que me brindaba. Adelantaba los labios como una virgen, sin comprender que yo había preferido la muerte antes que tocar a su boca, ¡tanto me llenaba el amor de Lorenza!

Aquella carne pálida, encendida por la fiebre, no conservaba ya huella alguna de los besos que la habían enrojecido; se hallaba muerta ya, santificada, y tan pura, que habría creído cometer un

sacrilegio al transmitirle un último estremecimiento de voluptuosidad.

Paquerette se fijó con curiosidad en la crisis de María. Aquella mujer no creía en el sufrimiento de los demás.

—Tal vez se le haya atragantado algo—dijo, sin tener en cuenta que la enferma no comía desde hacía quince días.

Al oír estas palabras, me sentí asaltado por ciega cólera. De buena gana habría abofeteado aquel pajizo rostro, que de todo se mofaba; y, como la muy miserable se dispusiese a abrir nuevamente la boca:

—¡Cállese usted!—le grité con voz vibrante e indignada.

La vieja, asustada, echó atrás su sillón. Miróme llena de miedo, indecisa; después, viendo que no me refa hizo un ademán de borracho, y balbuceó con zalamería:

—¿Es decir que está prohibido bromear? Había que avisarlo. Yo estoy siempre con gana de reirme; tanto peor para los que lloran. ¿Usted no quiere María? Pues no hablemos más del asunto.

Y acercó el sillón a la mesa, donde se escanció un formidable vaso de vino, que se echó al colete a sorbitos.

Inclinéme sobre María, que estertoraba dulcemente, adormecida por el sufrimiento. Beséla en la frente, cual si fuese un hermano.

Al salir, Paquerette se volvió hacia mí.

—Señor—me dijo,—no es usted amable, mas, a pesar de todo, no dejaré de darle un buen consejo. Si quiere usted a Lorenza, vigílela.

XXIV

¡Estoy celoso, celoso de Lorenza!

Esa Paquerette me ha producido un espantoso tormento. He descendido, uno por uno, todos los escalones de la desesperación; en la actualidad mi infamia y mis sufrimientos son completos.

Sé cómo se llama el desconocido calor que henchía mi pecho y me ahogaba. Ese calor eran los celos, oleada abrasadora de angustia y de terror. La oleada ha ascendido y ha invadido todo mi ser. Ahora no tengo ya miembro alguno que no se sienta dolorido, que no se lamente de la horrible opresión de que se queja todo mi cuerpo.

No sé cómo se sienten celosos los demás. Por lo que a mí hace, está celoso todo mi cuerpo, todo mi corazón. Desde que la duda ha penetrado en mí, vela, trabaja sin compasión; hiéreme a cada segundo que pasa, registra todo mi ser, y penetra cada vez más en mi organismo. El dolor es físico; el estómago se oprime, los miembros se relajan, la cabeza se parte; se siente debilidad y fiebre. Y por cima de todos estos males de los nervios y de los músculos, siento la angustia de mi corazón, intensa, desatinada, que me oprime y me abrasa

sin tregua ni reposo. Una sola idea gira en el inmenso vacío de mi pensamiento; ya no soy querido; vivo engañado, y mi cerebro golpea como una campana sin más que este sonido; mis entrañas retorcidas y desgarradas tienen tan sólo un estreñimiento.

Nada tan doloroso como esas horas de celos, que me hieren doblemente, en la miseria y en el cariño. El sufrimiento de la carne y el del corazón se unen en una sensación única de anonadadora pesadumbre, inexorable, que me aplasta sin cesar. Y me quedo sin aliento, abandonándome, descendiendo de grado en grado en mis sospechas, agrandando mi herida, abstrayéndome de cuanto me rodea, y viviendo tan sólo del pensamiento que me corroe.

Si padeciese menos, querría saber de qué se compone mi sufrimiento, y sentiría un agudo placer al interrogar mi cuerpo, al estudiar mi cariño. Tengo curiosidad de ver el fondo de mi desesperación. Sin duda hay allí mil indignas circunstancias del amor, el egoísmo y el amor propio, la cobardía y las malas pasiones; hay también la rebeldía de los sentidos, las vanidades de la inteligencia.

Esa mujer que se va, hastiada de mis caricias, y que prefiere a otro hombre, me hiere en todo mi ser; me desdeña y manifiesta que ha encontrado un amor más grato, más puro que el mío. Sobre todo en esto hay un sentimiento de inmensa soledad. Siéntese uno abandonado y se estremece de espanto; no es posible vivir sin aquella criatura que uno se había complacido en mirar como compañera de toda la vida; siente uno frío, tiembla y preferiría morir a verse abandonado.

Exijo que Lorenza me pertenezca. No tengo a nadie más que a ella y la conservo en mi poder como un avaro. Mi corazón mana sangre cuando

pienso que Paquerette quizás tiene razón y que mañana me encontraré tal vez sin amor. No puedo quedarme solo en mi miseria, en el fondo de mi degradación.

Tengo miedo.

Y, no obstante, no puedo cerrar los ojos, vivir en la ignorancia.

Ciertos jóvenes, cuando conocen que una mujer les es necesaria, la aceptan tal cual es, y cuidan de no arriesgar su tranquilidad investigando cuál fué su vida. Yo, por mi parte, no me siento con fuerzas para ignorar. Dudo, y mi desventurada imaginación me impulsa a desengañarme o a convencerme; necesito penetrar en el corazón de Lorenza, y morir si ha de abandonarme.

Por la noche hago como que salgo y me deslizo furtivamente en el cuarto de María. Paquerette dormita, y la moribunda me sonríe débilmente, sin volver la cabeza. Voy a la ventana y allí me instalo. Acecho desde allí y me inclino para ver el patio y la habitación de Santiago. Vuelvo a veces para entornar la puerta, y presto oído a los ruidos de la escalera.

Son horas crueles. Excitada mi imaginación, trabaja con ahinco; me tiemblan los miembros de ansiedad y por mi atención prolongada. Cuando suben voces de la habitación de Santiago, la emoción me oprime la garganta. Si oigo que Lorenza sale de nuestra guardilla y allá abajo no aparece en el umbral, parece como que se me abrasa el pecho: tengo contados los escalones y me digo que se ha detenido en el tercer piso. Entonces me inclino, con riesgo de estrellarme; querría entrar por la ventana que se halla a cinco metros debajo de mí. Me parece oír rumor de besos y pronunciar mi nombre entre risas irónicas. Luego, cuando Lorenza, por último, se deja ver en el umbral, la

quemadura me asalta de nuevo. Quédome anhelante, anonadado.

Me sorprende, porque no la espero; empiezo a dudar, y ya no sé si he contado bien los peldaños que tenía que bajar.

Durante mucho tiempo sostengo conmigo mismo este juego cruel. Invento emboscadas, y, como la sangre me sube a la cabeza, ya no recuerdo lo que he visto. La certidumbre huye de mí y las sospechas nacen y mueren más devoradas cada día. Poseo una ciencia infernal para espiar y para razonar las causas de mi sufrimiento; mi imaginación se apodera crudamente de los hechos de menor monta, los reune, los ata y obtiene de ellos consecuencias maravillosas. Llevo a cabo tan insignificante tarea con admirable lucidez; comparo, discuto, acojo, rechazo, como verdadero juez de instrucción; mas, cuando creo tener una certidumbre, me estalla el corazón, la carne se me estremece, y ya no soy más que un niño que llora, sintiendo que la realidad huye de sí.

Quisiera penetrar en la existencia de mis compañeros, investigar sus misterios; tengo la curiosidad de saber cuanto no sé, y me complazco de un modo extraño en esas delicadas operaciones de la inteligencia, en busca de una solución desconocida. Existe una curiosidad exquisita al pasar cada palabra, cada aliento; tan sólo se tienen vagos datos, y, sin embargo, se llega con marcha lenta y segura, matemática, al conocimiento de la entera verdad. Puedo poner esta sagacidad mía al servicio de mis hermanos. Cuando se trata de mí, me siento agitado por tal pasión, que no sé ver ni oír.

Ayer permanecí dos horas en la habitación de María. La noche era lóbrega, húmeda. Enfrente, sobre la desnuda pared, la ventana de Santiago lanzaba un gran cuadrado de amarillenta luz. Al-

gunas sombras iban y venían en aquel cuadrado, extravagantes, agrandadas.

Había oído a Lorenza cerrar nuestra puerta, y no había bajado al patio. En la pared conocí la sombra de Santiago, prolongada y rígida, agitándose con movimientos rápidos y precisos. Distinguíase también otra sombra, más corta, más lenta y más indecisa en sus movimientos; creí conocer aquella sombra, que me parecía tener una gran cabeza, aumentada todavía más por un moño de mujer.

A veces el cuadrado de luz amarilla se extendía pálido y tétrico, vacío y en completa tranquilidad. Y yo, inclinado, anhelante, miraba con atención dolorosa, penando por aquel vacío, por aquella fijeza de luz, y deseando con angustia que alguna masa negra se presentase, entregándome su secreto.

Después, de repente, el cuadrado se poblaba: pasaba una sombra; se mezclaban otras dos, desmesuradas, de rareza tal, que ni podía apreciar las formas ni explicarme sus movimientos. Mi imaginación buscaba desesperadamente la explicación de aquellas manchas oscuras, que se prolongaban, dejando adivinar a veces una cabeza o un brazo; pero brazo y cabeza se deformaban en seguida, se fundían. Tan sólo veía como una mancha de tinta oscilante, que se extendía por todos lados, embadurnando la pared. Quería comprender y llegaba a distinguir monstruosos perfiles de animales, siluetas extrañas. Perdíame en la pesadilla de aquella visión; seguía con la vista, aterrado, aquellas masas que danzaban sin ruido; me estremecía ante la idea de lo que iba a descubrir y lloraba de rabia al ver que aquello no tenía explicación alguna y que nada llegaría a saber. Y, de repente, la ola de tinta, en un postrer salto, en una última mueca, corría por la pared,

en medio de las tinieblas. El cuadro de luz amarillenta quedaba de nuevo desierto y triste. Las sombras habían pasado sin revelarme nada. Inclínabame, más desesperado aún, en espera del terrible espectáculo y diciéndome que mi vida dependía de aquellas manchas negras que daban saltos y brincos en la amarillenta pared.

Una especie de furor concluyó por dominarme ante aquel irónico drama que se desarrollaba frente a mí. Aquellos extraños personajes, aquellas rápidas e incomprensibles escenas me estaban escaranciando; habría querido tener fuerza bastante para hacer cesar aquella lúgubre farsa, y me sentía destrozado de emoción, devorado por la duda.

Salí sin hacer ruido de la habitación de María, y me quité los zapatos, que dejé en el pasillo de la escalera; luego, con el corazón oprimido, lleno de ansiedad, comencé a bajar la escalera, deteniéndome en cada escalón, escuchando en el silencio y asustándome al menor ruido que subía.

Llegado a la puerta de Santiago, tras cinco largos minutos de miedo y de vacilación, me incliné poco a poco y no sin trabajo, sintiendo que me crujían los huesos del cuello. Apliqué el ojo derecho al agujero de la cerradura y no vi más que tinieblas. Entonces pegué el oído a la madera de la puerta; el silencio zumbaba, y sentía en la cabeza un gran murmurio que no me dejaba oír. Por delante de mis ojos pasaban como llamaradas, y un ruido sordo y creciente llenaba el corredor. La madera de la puerta me abrasaba la oreja y parecía que todo vibraba. Detrás de aquella puerta se me figuraba a veces oír suspiros ahogados, y luego parecía como si la muerte hubiese pasado por aquella habitación silenciosa.

Y nada más sabía. No podía arrancar nada preciso a aquel silencio tumultuoso, a aquella obscuridad llena de relámpagos.

Ignoro cuánto tiempo permanecí encorvado junto a la puerta; recuerdo sólo que la frialdad del pasillo me helaba los pies y que un gran temblor agitaba mi cuerpo cubierto de sudor. El ansia y el terror me tenía allí enclavado, recogido en mí mismo, sin osar moverme, martirizado por los celos, y tan tembloroso como si acabase de cometer un crimen.

Volví a subir temblando y tropezando en las paredes. Abrí de nuevo la ventana de María; necesitaba sufrir más, no pudiendo substraerme a la escocedora voluptuosidad de mis sufrimientos. La pared frontera estaba oscura; el telón acababa de caer, terminando el drama, y reinaba la noche.

Al salir, contemplé a María, que se hallaba durmiendo, con las manos juntas. Creo que me arrodillé ante la cama y que dirigí a no sé qué divinidad una oración, cuyas palabras me subían a los labios.

Me acosté, dando diente con diente, y cerré los ojos. Al través de los párpados, veía la luz de la vela colocada sobre una mesilla, y, de este modo, tenía delante de mí un vasto y rosado horizonte, que poblaba yo con lamentables figuras. Poseo la triste facultad del ensueño, la de crear por entero toda clase de personajes, que casi viven en la vida real; los veo, los toco, y representan, como actores de carne y hueso, las escenas que se suceden en mi imaginación. Sufro, y gozo de un modo tanto más poderoso, cuanto que mis ideas se materializan y las percibo, con los ojos cerrados, por todos mis sentidos, por todo mi sér.

En la rosada claridad, veía a Lorenza medio desnuda en brazos de Santiago. Veía la habitación, que antes me había parecido oscura, silenciosa, y ahora se me representaba llena de risas y de claridades. Ambos amantes, en una oleada de

luz deslumbradora, se abrazaban estrechamente; hallábanse allí, ante mi vista, tomando todas las actitudes que soñaba mi extraviada imaginación. No eran ya simples pensamientos, celos del corazón; eran cuadros horribles, vivos, de nitidez espantosa.

Mi cuerpo se rebelaba y daba gritos. Sentía que el drama se representaba en mi interior y que podía cubrir aquellas imágenes; las descubría, las ostentaba, las evocaba más crudas, más vigorosas, y me hundía a placer en aquellos espectáculos que me proporcionaba a manos llenas para padecer más aún. Mis dudas tomaban cuerpo; sabía y veía por fin, encontrando en mi imaginación certidumbres rebosantes de dolorosas delicias.

Lorenza entró y cerró la puerta brutalmente. Traía de fuera un indefinible perfume de tabaco y de licores. No abrí los párpados, y estuve escuchando el ruido de sus pasos y el roce de las telas al desnudarse. Yo miraba la rosada claridad; y, más lejos, parecíame ver a aquella mujer, cuando pasaba por delante de mí, reírse de lástima y mofarse con sus gestos, creyéndome dormido.

Y se metió en cama, lanzando un ligero suspiro, y púsose a sus anchas para entregarse al sueño. Entonces todo el dolor de la noche me subió a la garganta, y un furor indecible se apoderó de mí, al experimentar la sensación de aquella fría carne que tocaba la mía. Pensé que Lorenza volvía a mí hastiada de voluptuosidad, blanda y húmeda de traición y de crápula. Incorporéme en la cama, y apretando los puños:

—De dónde vienes?—pregunté a Lorenza con trémulo y sordo acento.

Abrió lentamente los ojos, que ya tenía cerrados, y me miró un instante, con extrañeza y sin contestarme. Luego, encogiéndose de hombros, me respondió:

—Vengo de casa del frutero de lo alto de la calle, que me había convidado a tomar café.

Veía yo su rostro de abajo arriba; los párpados, caían fatigados, las facciones descubrían la haurtura y la satisfacción. Al verla tan saciada con los besos de otro, sentí que me cegaba la sangre. Su cuello, robusto y henchido, parecía tenderse hacia mí, como instigándome al crimen; era grueso y corto, impúdico y lúbrico; blanqueaba con insolencia, mofándose y como desafiándome.

Cuanto me rodeaba había desaparecido; no había ante mí otra cosa que aquel cuello.

—¡Mientes!—grité.

Y viéndolo ya todo de color de sangre, cogí aquel cuello con mis crispados dedos. Sacudí violentamente a Lorenza, apretando con toda mi fuerza; ella no oponía resistencia alguna, dejándose llevar por mis sacudidas, sin pronunciar una queja, inerte y embrutecida. No sé qué goce podía yo sentir al agitar en mis manos aquel cuerpo, tibio y ligero, doblegándose y como fundiéndose a merced de mi furor. Luego, un escalofrío glacial me llenó de espanto; había creído ver sangre que resbalaba por mis dedos y me dejé caer sobre la almohada, sollozando, ebrio de dolor.

Lorenza se llevó la mano al cuello. Respiró fuertemente, tres veces seguidas, y se volvió a acostar dándome la espalda, sin pronunciar una palabra, sin derramar una lágrima.

Le había descompuesto el cabello. En su nuca distinguí una huella azulada, que resultaba más oscura por la sombra que producían los cabellos, que medio le ocultaban los hombros. Las lágrimas me cegaban, mi corazón desbordaba de compasión inmensa y dolorosa. Lloraba por mí, que acababa de maltratar a una mujer; lloraba por Lorenza, cuyos huesos había sentido crujir con la presión de mis dedos. Todo mi sér se aniquilaba

por tan torcedor remordimiento, y mi alma dolida trataba con desesperación de reparar lo que no podía ser olvidado. Retrocedía, lleno de repugnancia y de horror, ante la bestia salvaje que había sentido despertarse y morir en mí; el terror, el bochorno y la compasión, me hacían sufrir horriblemente.

Acerquéme a Lorenza, la cogí en brazos y le hablé en voz baja al oído, con voz cariñosa y de desconsuelo. No sé qué le dije. Mi corazón se hallaba henchido de pena y lo desahugué. Mis palabras fueron una larga plegaria, ardiente y humilde a la vez, dulce y violenta, rebosante de altanería y de bajeza. Entreguéme por completo, en el pasado, en el presente, en el porvenir; tracé la historia de mi corazón, registré hasta lo más profundo de mi sér para no ocultar nada. Hallábame falto de su perdón, y tenía también necesidad de perdonar. Acusé a Lorenza, pedíle lealtad y franqueza y le dije lo mucho que me había hecho llorar. No le dirigía reproches para excusarme mejor; abríanse mis labios a pesar mío, todo lo presente me llenaba el alma, y mis pensamientos de cada día se unían en una sola queja tierna y resignada, exenta de toda ira, de todo rencor. Mis reproches, mis confidencias, se mezclaron a las efusiones de amor, a las repentinas ternuras; hablé ese lenguaje de la pasión, pueril e inefable, remontándose en pleno cielo y arrastrándome por la tierra; me serví de esa poesía, adorable al par que ridícula, de los niños, de los amantes; me sentí loco, apasionado, ebrio.

Y de este modo caminaba como en un sueño, interrogando, respondiendo, hablando con voz profunda y regular y estrechando a Lorenza contra mi pecho.

Durante una hora larga, oí las palabras que por sí mismas me salían de la boca, dulces, afli-

gidas; aliviábame escuchando aquella armonía penetrante; me parecía que mi pobre corazón dolorido, se mecía y se entregaba al sueño.

Lorenza, con los ojos abiertos, miraba a la pared, impassible. Mi voz parecía que no llegaba hasta ella; estaba tan muda y tan muerta, como si se hubiera hallado en una gran obscuridad, en un profundo silencio. Su frente dura, su boca fría y crispada, anunciaban la implacable resolución de no escuchar, de no dar una respuesta.

Entonces experimenté el ardiente deseo de obtener siquiera una palabra de aquella mujer. Habría dado mi sangre por oír la voz de Lorenza; todo mi sér se volvía hacia ella, le pedía con instancia, le rogaba, juntas las manos, que hablase, que pronunciase siquiera una palabra. Derramaba lágrimas por su silencio, y una especie de vago malestar se agigantaba en mi sér a medida que ella aparecía más sombría y más impenetrable.

Sentíme arrastrado a la locura, a la idea fija; tenía el imperioso deseo de una contestación, y hacía sobrehumanos esfuerzos de ruegos y de amenazas para dar satisfacción a aquel anhelo que me devoraba. Multipliqué mis preguntas, mantúveme firme en ellas, cambié la forma de mis demandas, haciéndolas más apremiantes; me serví de toda la dulzura de que me sentía capaz, de toda violencia, implorando, exigiendo, hablando en tono cariñoso y sumiso, y, por último, dejándome dominar por la cólera, y haciéndome en seguida más humilde, más insinuante aún. Lorenza, sin el menor estremecimiento, sin una mirada, hasta parecía ignorar mi presencia. Toda mi voluntad, toda mi furiosa entereza, se estrellaban contra la implacable sordera de aquel sér que se me negaba.

Aquella mujer se escapaba de mis manos. Entre ella y yo adivinaba que existía una barrera in-

franqueable. Tenía su cuerpo estrechamente abrazado, y sentía que aquel cuerpo se abandonaba desdeñosamente a mi abrazo. Mas yo no podía abrir aquella alma, penetrar en su interior; el corazón y el pensamiento se me ocultaban; oprimía sólo en mis brazos un despojo sin vida, tan cansado, tan gastado, que nada decía a mis abrazos. Y, no obstante, yo amaba y quería poseer; retenía desesperadamente el único sér que me quedaba, exigía que me perteneciera, sentía furores de avaro cuando creía que me lo iban a quitar y que ella se dejaba robar con cierta complacencia.

Me sublevaba y apelaba a todas mis fuerzas en defensa de lo que era mío. ¡Y sólo estrechaba un cadáver contra mi pecho, una cosa desconocida que me era extraña y cuyo sentido no estaba en mi mano penetrar! ¡Oh, hermanos, vosotros ignoráis ese sufrimiento, esos arranques de amor que se estrellan contra un cuerpo inanimado, esa helada resistencia de una carne con la que uno querría fundirse, ese silencio en contestación a tantos sollozos, esa muerte voluntaria que podría amar, a quien se suplica con todo su poder, y que no ama!...

Cuando me faltó la voz, cuando desesperé de animar a Lorenza, apoyé la cabeza en su seno, con el oído sobre su corazón. Así, recostado sobre aquella mujer, con los ojos abiertos, y mirando el pábilo de la vela, que se carbonizaba, pasé toda la noche meditando. Oía el estertor de María, entrecortado con hupos de agonía, que llegaban hasta mí al través del tabique, como meciendo mis meditaciones.

Soñé. Oía los acompasados latidos del corazón de Lorenza. No ignoraba que eran producidos por el movimiento de la sangre, y me decía que iba siguiendo en su cadencia los ruidos de una máquina bien regulada, y que la voz que llegaba

hasta mí era sólo la de un movimiento de reloj inconsciente que obedecía a un simple resorte.

Y, sin embargo, me sentía inquieto; habría querido desmontar la máquina, para estudiar hasta sus piezas al parecer más insignificantes; en mi locura, pensaba con toda seriedad en abrir su seno, en apoderarme de aquel corazón y en enterarme de por qué latía de un modo tan dulce y tan intenso.

María respiraba anhelosamente, y el corazón de Lorenza latía casi dentro de mi cabeza. Oyendo aquel doble ruido, que a veces se confundía en uno solo, pensaba en lo que es la vida.

No sé por qué me persigue un insaciable deseo de virginidad en medio de mi rebajamiento. Siempre siento dentro de mí la idea de una pureza inmaculada, elevada, inaccesible, y esta idea se despierta con mayor intensidad en el fondo de cada una de mis desesperaciones.

Mientras apoyaba la cabeza en el impuro seno de Lorenza, me decía que la mujer había nacido para un solo amor.

Ahí está la verdad, la única unión posible. Mi alma es tan exigente que desea a todo el sér a quien ama, su infancia, su sueño, su vida entera. Llega hasta acusar a los sueños, hasta asegurar que la amante queda impura si, durmiendo, ha recibido las caricias de una visión.

Todas las jóvenes, las más puras, las más candidas, nos llegan así desfloradas por el demonio de sus noches; este demonio las ha estrechado en sus brazos, ha hecho estremecer su carne inocente; le han entregado, antes que al esposo, sus primeras caricias. Ya no son vírgenes, ya no poseen la santa ignorancia.

En cuanto a mí, desearía que la esposa me llegara al salir de las manos de Dios; querríala blanca, purificada, muerta aún, y yo la desper-

taría. Viviría de mí, a nadie conocería más que a mí y no tendría más recuerdos que los que de mí procedieran. Realizaría el divino ensueño de la unión del alma y del cuerpo, unión eterna y que todo lo obtiene de sí misma.

Pero cuando los labios de una mujer se han unido a otros labios, cuando el seno se ha estremecido al contacto de otros abrazos, el amor no puede ser más que una agonía diaria, unos celos de cada instante. Semejante mujer no me pertenece, pertenece a sus recuerdos; retuércese en mis brazos, piensa tal vez en caricias de otro tiempo; me deja a cada instante y tiene una existencia que no ha sido mía; no me pertenece. Y yo amo y me destrozo; lloro ante aquella criatura que no poseo, que no puedo poseer por completo.

La vela humeaba y la habitación se llenaba de una atmósfera espesa, amrillenta.

Oía el estertor de María cada vez más brusco e irregular, y escuchaba el corazón de Lorenza sin poder comprender su lenguaje. Sin duda aquel corazón hablaba en lengua desconocida; yo contenía el aliento y forzaba mi inteligencia; mas su significación no se hallaba a mi alcance. Tal vez me refería el pasado de aquella miserable, su historia de baldón y de vergüenza. Latía con lentitud, con ironía, dejando caer las sílabas con esfuerzo; no se daba prisa por terminar, y parecía complacerse en el relato de la horrible aventura. A veces yo adivinaba lo que podía decir. Yo ignoraba el pasado; habíame negado a conocerlo y trataba de olvidarlo; pero, por sí mismo, se evocaba y se ofrecía a mi mente tal como debió de ser. Ya sabía yo qué infamias me era preciso imaginar; en la ignorancia en que me hallaba encerrado, iba sin duda más allá de la realidad y caía en la pesadilla, exagerando el mal. Entonces habría querido saberlo todo, toda la realidad de los

hechos. Y prestaba atento oído a aquel corazón cínico y pesado, que me contaba en voz baja la interminable historia, en un idioma desconocido; no me era posible seguir el hilo de su relato y no sabía qué pensar de las breves palabras que creía coger al vuelo.

Luego, repentinamente, el corazón de Lorenza cambió de lenguaje. Habló del porvenir y pude comprenderle. Latía con toda claridad, hablaba más de prisa, con más sequedad y más ironía. Decía que se iba al arroyo y que no veía la hora de llegar. Me abandonaría al día siguiente y volvería a lanzarse a su azarosa existencia; pertenecería a la multitud y bajaría los pocos peldaños que todavía la separaban del fondo de la cloaca. Entonces acabaría de embrutecerse, no sentiría ya nada, y se consideraría feliz. Y se moriría una noche, sobre la acera, ébria y derrengada. Decíame el corazón que aquel cuerpo iría al anfiteatro y que lo cortarían allí en cuatro pedazos para enterarse de cuanto contenía de amargo y de nauseabundo. Y yo veía a Lorenza acardenalada, arrastrada por el lodo, señalada con infames caricias, extendida y rígida sobre la blanca piedra. Y eran registradas con sutiles lancetas las entrañas de la que yo amaba con toda el alma, de la que estrechaba con desesperación en mis brazos.

La visión tomaba cuerpo, y la habitación se poblaba de fantasmas. Todo un mundo de libertinaje pasaba en interminable y desolada procesión. Toda la inmundicia humana se alzaba ante mí, vestida de seda, cubierta de harapos, joven y hermosa, vieja y descarnada. El desfile de aquellos hombres y de aquellas mujeres, dirigiéndose a la podredumbre, duró largo tiempo y me llenó de espanto.

El corazón latía, latía sin cesar; decíame ahora encolerizado: "Tu querida procede de las tinie-

blas y se encamina al fango. Tú me amas y yo no te querré jamás, porque soy un corazón fracasado que para nada serviría. En balde eres infame; quieres bajar hasta el cieno, y el cieno no puede subir hasta ti. Interrogas al silencio y buscas alumbrarte con la obscuridad; agitas, para darle vida, a un cadáver desconocido, y mejor harías en llevarlo, sin perder un instante, a una losa del anfiteatro."

Y no sé más. El corazón cesó de latir y el pábilo de la vela se extinguió en una ola de sebo. Yo permanecí recostado en el seno de Lorenza, creyéndome en el fondo de un gran abismo, húmedo y desierto.

María estertoraba.